

UN TOQUE DE VIRTUD

Pastor Oscar Arocha

20 de Abril, 2008

[Iglesia Bautista de la Gracia](#)

Santiago, Republica Dominicana

Pero una mujer que padecía de flujo de sangre desde hacía doce años, y que había gastado en médicos todo cuanto tenía, y por ninguno había podido ser curada, se le acercó por detrás y tocó el borde de su manto; y al instante se detuvo el flujo de su sangre. Entonces Jesús dijo: ¿Quién es el que me ha tocado? Y negando todos, dijo Pedro y los que con él estaban: Maestro, la multitud te aprieta y oprime, y dices: ¿Quién es el que me ha tocado? Pero Jesús dijo: Alguien me ha tocado; porque yo he conocido que ha salido poder de mí. Entonces, cuando la mujer vio que no había quedado oculta, vino temblando, y postrándose a sus pies, le declaró delante de todo el pueblo por qué causa le había tocado, y cómo al instante había sido sanada. Y él le dijo: Hija, tu fe te ha salvado; ve en paz.

Lucas 8:43-48

Este pasaje pudiera ser llamado con este título: “El Señor salva de la boca del león.” Lo cual es probado en el caso de la hija de Jairo y con esta sufrida mujer. Una estuvo doce años en la boca del león de la muerte: “Padecía de flujo de sangre desde hacía doce años”, y la otra que vivió doce años y el mismo león, no sólo la tuvo en su boca, sino que cerró sus dientes, se la tragó, y en ambos casos Jesús las salvó. Ambas del sexo femenino, una niña y la otra una mujer adulta. La una estuvo siendo masticada por una terrible y vergonzosa enfermedad, y la otra la engulló de un sólo bocado: “Estaba hablando aún, cuando vino uno de casa del principal de la sinagoga a decirle: Tu hija ha muerto; no molestes más al Maestro.” (v49). Pero Jesús hizo el milagro, la sacó del estomago del león, como si la hubiese montado en una maquina del tiempo y la retrocedió como si nunca estuviese enferma. La otra una mujer adulta atormentada por doce años, y cuyo milagro no fue menos portentoso; ella sólo tocó su manto y al instante fue sanada. Jesús no dejó que el león de la muerte cerrase su boca sobre ella. Nuestro Salvador salva de la boca del león.

Este sermón será así: **Uno**, Las Penurias y virtud de la enferma (v43-45). **Dos**, El Médico Jesús se glorifica (v46-48).

I. LAS PENURIAS DE LA ENFERMA

Aquí hay dos partes: Sus Penurias (v43), y Su gran fe (v44).

Sus Penurias. Leemos: “Una mujer que padecía de flujo de sangre desde hacía doce años.” (v43). Se nos transmite la idea como si durante ese tiempo sólo había trabajado para un asunto de sangre; una enfermedad de triple malestar: Dolor, vergüenza e inmundicia legal, agravado por la duración,” doce años” languideciendo; es posible que no pasase una hora sin que no fuese asaltada con amargos pensamientos. Así hay personas presa de ciertos vicios, en lo cual no hay día de su existencia que no salgan a flote y le amarguen la vida; literalmente viven un calvario. A más de todos estas espinas se añade otra no menos amarga: Pobreza: “Había gastado en médicos todo cuanto tenía.” Mientras tuvo dinero probó cuanto remedio le hubiesen recomendado, pero ahora ya ni aun eso, y sí mucho dolor, vergüenza y angustias.

Los médicos pudieran darle algún consuelo verbal, o palabras de aliento en su mal, pero no tenía ni para ir a un médico, y cuando tuvo agravaron su mal. Su condición bien pudiera ser llamada: Perfectamente miserable. Inmunda, avergonzada y menesterosa. Pero aun hay más, oiga esto: “Por ninguno había podido ser curada.” (v43). Y el pasaje paralelo agrega: “Había sufrido mucho de muchos médicos, y gastado todo lo que tenía, y nada había aprovechado, antes le iba peor.” (Mar.

5:26). Si el remedio no fue peor que su enfermedad, al menos agravó sus sufrimientos, o puso sus amarguras al mismo nivel de los remedios. Es un cuadro más que triste, deplorable. Cuando una persona posee cierta cantidad de dinero y de pronto es asaltada con una enfermedad, allí echa mano de lo que tiene y la unión de dinero con sus males, le trae salud, pero aquí ni uno, ni lo otro. No había alivio por ninguna parte.

La fe de esta buena mujer. En resumen su caso fue digno de la mayor compasión, se puede decir que tenía todo en contra: La naturaleza, el tiempo, la pobreza, las dolencias, y lo incurable de su enfermedad; en total desesperanza. En tiempo presente se le denominaría: Depresión total y profunda. Y fue precisamente esta situación lo que le movió a Cristo, y por lo cual Cristo se compadeció de ella. Nuestra extrema miseria nos empuja a Dios, y eso mismo despierta Su amor a uno. Cuando estemos totalmente abandonados seremos excelente candidatos de Su misericordia. Nunca estaremos más cerca del favor divino, que cuando veamos que se caben las posibilidad de ayuda. Estando peor, es cuando a menudo estamos más cerca de lo mejor. Al parecer ella conocía poco del Señor Jesús, o que sólo tenía a mano el reporte de que hacia milagros, y le consideraba poderoso para ayudarlo, y fue ese conocimiento lo que le levantó esperanza, pues reflexionó consigo misma: “Porque decía dentro de sí: Si tocara solamente su manto, seré salva... Se le acercó por detrás y tocó el borde de su manto...” (v44, Mt.9:21). No le habló palabra, la vergüenza de su enfermedad era tan grande que le cerró la boca. Su angustia fue extrema, pero su fe digna de la mayor alabanza, pues creyó y así mismo actuó.

Pregunta: ¿Por qué sólo le tocó? Su enfermedad era signo de inmundicia: “Y la mujer, cuando siguiere el flujo de su sangre por muchos días fuera del tiempo de su costumbre, todo el tiempo de su flujo será inmundicia.” (Lev.15:25). Por su toque podía contaminar a otros, aunque ignoraba que no al Hijo de Dios. De modo que siendo judía no sabemos si lo hizo por humildad, o por secreto o buscando una curación sin ser notada o por vergüenza. Pero estaba necesitada de salud, y no era posible infectar al Mesías, entonces era propio que se acerque, pues tenía el pasaporte de la fe, y para ellos las misericordias del Señor son infinitas. No hay medida humana, para eso no hay proporción posible de medir, el Dios infinito se deleita en misericordia. Pudiéramos especular del asunto, preguntémosle a ella: ¿Por qué lo hiciste así? Y ella responde: “Porque decía dentro de sí: Si tocara solamente su manto, seré salva. Se le acercó por detrás y tocó el borde de su manto; y al instante se detuvo el flujo de su sangre.” No necesita más razones que esta.

II. EL MÉDICO JESÚS SE GLORIFICA

Dos partes: Jesús es glorificado (v45-47), y glorifica la mujer por su fe (v48).

Jesús es glorificado. Leemos: “Entonces Jesús dijo: ¿Quién es el que me ha tocado? Y negando todos, dijo Pedro y los que con él estaban: Maestro, la multitud te aprieta y oprime, y dices: ¿Quién es el que me ha tocado?” (v45). Esto es, que la multitud le tocó por accidente, pero alguien lo hizo de manera voluntaria, confiando en El. Es cierto que los otros le tocaron con sus cuerpos, pero esta fue con su mano. Ambos toques fueron diferentes. El de la multitud fue un toque corporal, el suyo espiritual, y así se clasifican todos los toques y acercamientos al Señor Jesús, terrenal o espiritual. El de ella le tocó con su alma, como son todos los toques de la fe; los otros mera casualidad, se toparon con Jesús, en cambio ella lo buscó. El alma Creyente tiene ojos, siente, gusta, come y se deleita en Dios. La opresión de la multitud no tenía fe, y por tanto no podía sacar poder de Cristo, en cambio la virtud divina viene a uno por el toque de la fe. El cuerpo sin espíritu es muerto, así las obras sin fe.

La multitud y Pedro negaron haberle tocado: “Y negando todos, dijo Pedro y los que con él estaban: Maestro, la multitud te aprieta y oprime, y dices: ¿Quién es el que me ha tocado?” Ante eso vino su respuesta: “Jesús dijo: Alguien me ha tocado; porque yo he conocido que ha salido poder de mí.” (v46). Esto es, que aplicó el principio causa efecto, o que todo efecto tiene su propia causa. En este mundo nada ocurre por casualidad o accidente. Entonces podemos decir: Que ninguno puede hacer obras espirituales, sino es movido por el Espíritu Santo. Eso es dicho así: “Porque yo he conocido que ha salido poder de mí.” El Señor conoce todas y cada una de tus buenas obras de fe,

porque no sale poder de El sin Su conocimiento. Tus buenas obras por amor a Cristo o por fe están todas registradas en el Cielo. Es, pues, la naturaleza divina comunicar Sus bondades, y se deleita en hacerlo; ella tan sólo le tocó con fe y salió poder, no hubo restricción alguna, es una fuente abierta para ti y para mi por siempre. Eso además significa que si algún bien de Cristo está en ti, por necesidad es comunicativo, no debes esconderlo, lo propio es dejarlo salir para el bien ajeno. Así está escrito: “Más bienaventurado es dar que recibir.” (Hech.20:35). El dar Cristiano es como da Jesús, alegremente. El Señor se deleita y da sin reproche.

Seguimos leyendo: “Entonces, cuando la mujer vio que no había quedado oculta, vino temblando, y postrándose a sus pies, le declaró delante de todo el pueblo por qué causa le había tocado, y cómo al instante había sido sanada.” (v47). Hubo un error mental en la mujer, que Jesús se apresura a corregir. El es muy misericordioso, pero no apoyará ofensas secretas. Note como cuida la conciencia de esta buena mujer, le salió al frente y resolvió cualquier pensamiento futuro que justamente le acusara de ser ingrata al no reconocer el favor recibido. El Espíritu Cristiano cuida la conciencia ajena. La libró del ataque del enemigo. La obediencia a la Palabra de Cristo traerá protección de nuestras conciencia, y nos preservará en gozo y paz, aunque al presente parezca vergonzosa ante el público: “Vino temblando, y postrándose a sus pies, le declaró delante de todo el pueblo por qué causa le había tocado, y cómo al instante había sido sanada.” (v47). Si no lo confiesa, estaría haciendo a Cristo perdedor de Su gloria, y ella sería amargada con un fuerte sentido de ingratitud. Esto evidencia que si hacemos nuestra propia voluntad y no la de Dios, estaríamos ofendiendo al Señor, y perjudicándonos. Los planes egoístas son siempre contrarios a Dios, y a uno mismo.

Cristo honra la mujer por su fe. La expresión del Señor suena severa: “¿Quién es el que me ha tocado?” (v45). Ahora notemos la reacción de la mujer: “Vino temblando, y postrándose a sus pies, le declaró delante de todo el pueblo por qué causa le había tocado, y cómo al instante había sido sanada.” (v47). Confesó su acción y el éxito alcanzado, entonces el Señor le habla tiernamente: “Hija, tu fe te ha salvado; ve en paz.” (v48). La escena es sencillamente hermosa, el mismo que de las tinieblas sacó la luz, Aquel cuya voz es operativa, le habló al corazón con el fin de despejar en ella todo posible temor o miedo. Es posible que después de andar en fe tengamos miedo, pero de seguro que pronto vendrá la quietud. Ella se humillo y Cristo la exaltó. El es el León de la tribu de Judá contra los falsos profetas, pero es también quien protege a quienes le confían. El es el Médico del doloroso bistori, pero también quien nos sana de todas nuestras dolencias. Si nos acercamos con fe mezclada con presunción, nos abate o humilla; si somos humildes, nos exalta. Si estamos sanos, nos alegra, si enfermo, nos sana. Como está escrito: “Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios.” (Sal.51:17).

En el pasaje se acentúa que la gloria de Cristo es nuestro bien o nuestra honra, notemos este contraste: “Alguien me ha tocado; porque yo he conocido que ha salido poder de mí... Hija, tu fe te ha salvado.” (v46,48); fue sanada por el poder del Señor, no obstante la elogia por su fe, como si todo hubiese sido hecho por el esfuerzo de ella. Antes dijo que poder o virtud salió de El, ahora reconoce públicamente que ella tiene virtud. No que la fe hizo el trabajo por meritos propios, sino como medio para que le llegase el poder de Dios. Esta buena mujer vino enferma y ahora regresa sana, y alegre, el caso es una ilustración de este otro verso: “En la multitud de mis pensamientos dentro de mí, Tus consolaciones alegraban mi alma... Hija, tu fe te ha salvado.” (Sal.94:19, v48). El asunto es que por naturaleza las enfermedades son nuestras, por Gracia el remedio es Suyo, o que Su Gracia actúa con nuestra fe. Nuestra honra, riqueza y poder está en nuestra fe: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo.” (Ro.5:1).

Una dulce Despedida. Leo: “Hija, tu fe te ha salvado; ve en paz.” (v48). Demos una ojeada a su estado anterior: Enferma e inmundada. Despreciada de sus vecinos, o que era justo que aborrecieran su presencia, porque la providencia había puesto una negra estima sobre ella. Tampoco paz en su cuerpo, vivía amargada, turbada, con depresión mental, literalmente angustiada sin un minuto de descanso, fácilmente irritada, descontenta, torturada y empobrecida por los médicos, con un fuerte

sentido de culpa ante el Creador que la había afligido. Es lo que literalmente llamaríamos una mujer terriblemente atormentada, y luego de esa turbulencia de corazón, Cristo le dice: “Hija, tu fe te ha salvado; ve en paz.” Esto, es que ninguna voz, sino sólo, y sólo la Suya tiene poder para perdonar pecado, tranquilizar la conciencia y dar sólida paz.

Hoy vimos: La historia de un toque virtuoso, de esta manera: Las Penurias de la enferma, y esto en dos partes: Sus Penurias (v43), y Su gran fe (v44). Luego, el Médico Jesús se glorifica, desglosado así: Jesús es glorificado (v45-47), y la honró por su fe (v48). Le hizo un despedida con honra de Gracia: “Hija, tu fe te ha salvado; ve en paz.”

APLICACIÓN

1. Hermano: Los dones de Dios a ti, son para Su gloria y tu disfrute. Cristo favoreció esta buena mujer, y no permitió que fuese ingrata, sino que la trajo a darle gloria, así es contigo. Esto es, quien es rico en misericordia te ha colmado de favores, y sabe con matemática exactitud todas las bendiciones que te ha dado. Ten pues, muy presente la sentencia divina: “A todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará.” (Lc.12:48). Por tanto, tú serías de corazón malo si olvidas o escondes los talentos que te ha dado, ya que te fueron dados para que los uses en darle gloria, o lo que es lo mismo, al servicio de los intereses de Su Bendito Reino. Hoy ella es un ejemplo histórico de que el Señor Jesús se deleita en dar, y dar en abundancia y sin reproche. Haz tú lo mismo.

2. Amigo: La fe depende de Cristo para obtener el bien de la salvación, lo cual está fuera de tu poder y alcance. Este titular debe ser entendido en las cosas que salen fuera de tu posibilidad y capacidad. La mujer busco y encontró. Contigo es similar, también puedes ser librado de la condenación que pesa sobre ti por tus pecados si confías en Cristo; tu condición espiritual es deplorable, no tienes el favor de Dios; tú sólo has oído hablar de Jesús, pero no le has tocado con tu alma, no tienes fe, no puedes ver la multitud de beneficios para esta vida y la que viene, beneficios que están escondidos en Cristo, no porque El los haya ocultado de tu vista, sino que tú estás como aquella multitud, no le confías, ni crees en sus promesas. Ven pues y ruega a Cristo, que si tú tienes fe como tuvo esta mujer, de inmediato te responderá.

La única obra que Dios demanda de ti es creer. Así que, tu principal cuidado es ejercer fe en el Señor Jesucristo, porque lo primero en ti es tu alma y su destino eterno, y ambas cosa dependen de la confianza en Dios Oye las manifestaciones de Su oficio para salvar: "Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son hechos limpios, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres se les anuncia el Evangelio" (Mat.11:5).

AMÉN